Entrega de la Medalla de Honor del Memorial Guillermo Arce y Ernesto Sánchez-Villares

El camino de la Medalla

MARÍA JESÚS CABERO PÉREZ

Excelentísimas autoridades, compañeros y amigos:

En primer lugar, quiero agradecer al Comité del Memorial la concesión de esta distinción. Es un gran honor que comparto con todos los miembros del Comité, con mis compañeros pediatras, con el conjunto del Servicio, con mi familia y con mis buenos amigos.

Estar hoy aquí, en un acto que reconoce mi trayectoria profesional, es para mí una alegría difícil de expresar, aunque al mismo tiempo no puedo evitar sentir cierto pudor.

Deseo manifestar igualmente mi agradecimiento a Nestlé, que desde hace tantos años apoya a nuestra Sociedad Científica sosteniendo este Memorial en recuerdo de dos maestros de la Pediatría: el profesor Arce y el profesor Ernesto Sánchez Villares.

A veces he pensado que pertenecer a esta Sociedad Científica es como formar parte de un equipo de relevos. Llega un momento en que tomamos el testigo del corredor anterior, sabiendo que eso supone aceptar la responsabilidad de transmitir el saber y el amor por la Pediatría a la siguiente generación porque en un relevo nadie gana solo.

Yo tuve la suerte de recibir ese testigo de grandes maestros, y uno de ellos fue el profesor Sánchez Villares. Lo conocí siendo residente, en los años noventa, de la mano del profesor García Fuentes, en un curso de formación continuada. Al hablar con él y escucharle, tanto en los momentos formales como en otros más informales, se apreciaban su inteligencia y su sabiduría, y se percibía su amor por la Pediatría. Visto con la perspectiva del tiempo, éramos casi unos niños, pero nos escuchaba con toda su atención y nos transmitió una forma de entender nuestra especialidad, la docencia y la investigación, siempre desde un profundo compromiso.

Recordando a maestros como él, y como decía antes, siento cierto pudor. Cuando me comunicaron la concesión de la medalla, me emocioné, pero de pronto me di cuenta de que estas cosas que siempre parecían reservadas a las personas mayores ¡ahora me tocaban a mí! Y me pregunté: ¿para qué vale hoy una medalla?

Enseguida me respondí: es una gran oportunidad para reflexionar sobre lo que he aprendido en este camino y para afrontar con renovada energía los objetivos pendientes.

Lo que soy como pediatra lo he aprendido de cuatro pilares: los pacientes, los libros, mi familia y mis amigos y compañeros, que han sido siempre mi gran tesoro y a quienes he intentado cuidar. Sin ellos no sería la pediatra que soy y, por todo lo que me han transmitido, sin dudarlo volvería a ser pediatra.

Como en toda buena historia clínica, empezaré por los antecedentes personales y familiares, porque nadie llega a ningún sitio sin sus raíces. Hija de padres sanos, con genes gallegos y castellanos. No nací en un hospital, sino extramuros: en Venta de Baños, Palencia, en casa de mis abuelos. Y, por supuesto, antes de tiempo; los que me conocéis ya sabéis de mi impaciencia. Mi abuelo era un castellano recio, y mi abuela, la persona más buena y más inteligente que he conocido, y jamás la oímos quejarse.

Yo era una niña, según decían los mayores, "curiosa, muy buena, muy responsable, muy madura"; es decir, aburrida. De aquellos años aún recuerdo que en Madrid jugaba con mis cuatro primos a juegos de chicos, y solo en verano con

Correspondencia: mariajesuscabero@gmail.com

© 2026 Sociedad de Pediatría de Asturias, Cantabria, Castilla y León
Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la licencia Reconocimiento-No Comercial de Creative Commons (https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es), la cual permite su uso, distribución y reproducción por cualquier medio para fines no comerciales, siempre que se cite el trabajo original.

mis primas asturianas. La infancia nos enseña a los adultos cosas que no deberíamos olvidar: hacer preguntas sin miedo, reír y no conocer el aburrimiento. Ahora que lo pienso, quizá pareciera una niña aburrida, pero yo nunca me aburrí.

Luego nació mi hermana Ester, también en casa y, cómo no, antes de lo previsto (antecedentes familiares, sin duda), y ya me hice mayor. Mis padres eran personas serias, rectas, con un gran sentido del deber, pero siempre cercanos, y en casa teníamos un lema: "la familia es lo primero". De ellos aprendí casi todo, por aquel entonces no había extraescolares.

En los años setenta nos trasladamos de Madrid a Santander, y de aquella etapa hay dos cosas que me marcaron profundamente. Por un lado, hice media docena de amigos que todavía conservo. Por otro, tuve grandes profesores que me descubrieron lecturas que me han acompañado a lo largo de mi carrera; así empezó otro de mis pilares: los libros. No hay nada como ser un poco rara: la vida te lleva a descubrir y disfrutar otras cosas, como me pasó a mí con los libros. Desde aquí quiero reivindicar el derecho a no ser popular; ya sé que ahora no está de moda, pero es una experiencia que intento transmitir a los pacientes que sufren acoso escolar o tienen alguna discapacidad. Que recuerden que no todos tenemos por qué ser iguales ni hacer las mismas cosas.

Volviendo a aquellos años, mi vida giraba en torno al estudio y algo de deporte. No había ONG, pero algunos fines de semana íbamos a la Obra San Martín, que, como muchos sabéis, se dedica a las personas con discapacidad intelectual. Eran cosas normales, y a nosotros nos hacía bien ver la vida real y aprender que ayudar a los demás era algo natural. Ya entonces tuve claro que quería estudiar Medicina, aunque la literatura siempre me ha tentado.

Nunca podré olvidar que, la misma semana en que empecé la carrera de Medicina, a mi madre le diagnosticaron una leucemia. De alguna manera, fue mi primera gran paciente. Aquella experiencia me dejó lecciones que me han servido durante toda mi vida profesional; la que más me impactó fue su entereza. Hubiera preferido aprenderlas más tarde y haber podido compartir con ella el final de la carrera, la llegada de sus nietos y algo más del camino de la vida. Dejé de tener madre, y con ella perdí ese refugio, esa manta que te protege, pero con el tiempo pude tejer una nueva manta: mis tres hijos. ¿Qué puedo decir de ellos? Son parte del sentido de mi vida.

En la facultad aprendí mucho de grandes profesores; entre ellos, recuerdo especialmente a los doctores Porrero, Flórez, González Macías y Pons, con quienes tuvimos prácticas inolvidables. Tuve también compañeros que me ayudaron y que hoy siguen siendo mis amigos. Como especialidad elegí Pediatría, y nunca me he arrepentido. Supuso hacer guardias, lidiar con las inseguridades y, en momentos complicados, sentirnos solos. Pero también me enseñó a apreciar la confianza que depositan en nosotros las familias y a valorar a los compañeros de residencia. Aprendí que ser un pediatra competente no es estar libre de dudas, sino saber reconocerlas, hacerse preguntas, pensar y estudiar.

Luego fueron llegando nuestras primeras comunicaciones a propósito de un caso en la SCCALP y, más tarde, mi tesis doctoral, para la que había que recorrer distintas bibliotecas en busca de bibliografía. Guardo un cariño especial a aquel laboratorio artesanal en el que hacíamos PCR caseras siguiendo las ideas del doctor Miguel García Fuentes.

La Pediatría de los años noventa era muy diferente de la de hoy: había mucha discapacidad, muchas enfermedades infecciosas, niños con VIH que fallecían y grandes diferencias sociales.

Es imposible olvidar a los niños que se nos han ido por el camino: muertes súbitas, insuficiencias hepáticas fulminantes, enfermedades degenerativas, accidentes, tumores, meningitis y sepsis, graves malformaciones neonatales y grandes prematuros. En nuestra biografía están grabados sus rostros.

Nos hicimos pediatras para cuidar a los niños, pero con los años descubrí que ellos y sus familias también me han cuidado a mí. Por eso los pacientes son el primero de mis pilares. A las familias les debo buena parte de este camino: escucharlas me enseñó el significado de la confianza, a no juzgar y a responder a preguntas incómodas. Me han cambiado y me han ayudado a disfrutar de la vida.

Trabajábamos mucho, y nunca nos importó.

Nos tocó lidiar con las escasas salidas profesionales, con la difícil conciliación familiar y con las oposiciones nacionales. Y la vida me llevó a dar el salto a la gestión, donde lo que iban a ser unos meses acabó convirtiéndose en siete años.

Fue una etapa complicada, pero reconozco que la disfruté. En gestión nada llega en orden: unos problemas se esperan y otros aparecen de repente. Conseguimos completar la Atención Primaria de Cantabria, se construyeron muchos centros de salud y hubo que dotar de pediatras a todas las zonas básicas de salud, afrontar la informatización, competir con todo el país por los profesionales, sobrevivir al temido efecto 2000 y asumir las transferencias sanitarias. Y todo a la vez.

Mis directores creyeron en mí cuando todavía era muy joven, y siempre se lo agradeceré. Fui directora médica, gerente de Atención Primaria y subdirectora de Desarrollo y Calidad del Servicio Cántabro de Salud. Trabajamos en equipo y pusimos en marcha programas pioneros que han dado sus frutos, como los contratos de gestión, el impulso a la calidad asistencial con el modelo EFQM, la creación del equipo de Soporte de Atención Domiciliaria o la rehabilitación cardiaca. Con los años me doy cuenta de lo mucho que aprendí, y en ámbitos muy distintos.

Después fui pediatra de Atención Primaria. Disfrutamos de un ambiente dinámico: hacíamos pediatría comunitaria, recibimos premios de investigación y la sociedad reconocía nuestra labor. Nos sentíamos pioneros. Muchos de aquellos niños son hoy padres, y su reconocimiento, mantenido en el tiempo, me sigue gratificando.

En este tramo del camino conté con grandes compañeros, lo que confirma que en la vida lo más importante no es lo que tenemos, sino a quién tenemos. Tuve la suerte de trabajar en equipos íntegros, que hacían lo correcto y tomaban la iniciativa sin necesidad de que nadie los supervisara. Y si tuviera que explicar por qué trabajé tan a gusto en ellos, creo que no se debía al puesto, al esfuerzo ni a las largas jornadas, sino a que compartíamos una buena dosis de pasión y entusiasmo.

Como pediatra de a pie, como coordinadora, en la gestión o desde la jefatura de servicio, siempre he repetido unos dichos que los que me conocéis bien reconoceréis: "tenemos que ser amables con nosotros mismos y con los demás", "hay que saber olvidar las pequeñas cosas malas y tratar de mejorar", "venga, a trabajar", "aporta o aparta", "si te hacen daño, aprendes a alejarte y a ser más fuerte" y el de la abeja y la mosca: "sé abeja, que busca las flores, y no mosca, que busca la basura".

En esta profesión se convive con el sufrimiento, con la vulnerabilidad y con la soledad de las familias ante un diagnóstico complicado.

Para acompañarlas, a mí me han ayudado mucho estudiar Sociología y leer a los clásicos, que me enseñaron a acercarme a la fragilidad y al duelo con otra mirada. Camus lo dejó escrito en La peste a través del doctor Rieux: nuestro deber es aliviar el dolor, incluso cuando la batalla parece perdida o el entorno es caótico. Os lo recomiendo a todos.

En 2008 comenzó una nueva etapa en mi vida profesional: desde entonces he estado ininterrumpidamente en el Hospital de Valdecilla, donde compaginé la consulta de Neumología con la coordinación de Consultas y Urgencias y, más tarde, con la jefatura de sección. En los últimos seis años he sido jefa de servicio. Durante todos estos años hemos trabajado desde el hospital, pero con visión comunitaria: nos hicimos cargo de la atención continuada del Hospital de Sierrallana, apoyamos al Hospital de Laredo y establecimos protocolos de coordinación con Atención Primaria.

Como jefa de servicio, mi objetivo ha sido y sigue siendo mejorar la atención y conseguir el mejor Servicio de Pediatría posible. Pensando en los pacientes, hemos apostado por la seguridad clínica y por situar al paciente y a su familia en el centro. Pensando en los profesionales, hemos buscado mejorar su capacitación, hacer compatibles la vocación y la conciliación —aunque no siempre es posible—, extender la investigación a la mayor parte del Servicio a través de grupos y redes, y acreditar las unidades.

Además, ampliamos la edad pediátrica hasta los 16 años, y a los pacientes crónicos los atendemos hasta los 18. Eso me obligó a plantearme cómo acercarnos al adolescente y cómo lograr una buena transición a la atención de adultos.

Junto a la asistencia y la gestión, el camino de la medalla se ha nutrido también de la docencia: la Comisión de Docencia multiprofesional, la acreditación de las sesiones clínicas y el impulso a nuevas formas de aprender, como la simulación clínica a pie de cama, a pie de cuna o en la incubadora. Quiero agradecer la inestimable ayuda del Colegio de Médicos, que ha puesto a nuestra disposición salas y simuladores de distintas edades y de ecografía. Y nuestros residentes han llevado esa formación a las competiciones de simulación.

Casi sin darnos cuenta, pasamos de ser aprendices de una profesión, de un oficio, a ser maestros. Como tutores de residentes, enseñábamos Pediatría con el ejemplo, transmitiendo la prudencia clínica, el respeto por el paciente, la honestidad intelectual para saber derivar cuando hace falta y la preocupación por la protección de datos. Aunque enseñar nunca va en una sola dirección: los jóvenes aprenden de nosotros, y nosotros aprendemos de ellos.

El legado que podemos dejarles no se mide solo por los artículos en revistas de primer cuartil o por el índice H, que por supuesto son importantes, sino, sobre todo, por los profesionales que hemos ayudado a crecer. Lo vemos cuando nuestros exresidentes triunfan en otros hospitales, o cuando los adjuntos del Servicio que hemos visto crecer reciben reconocimientos y se convierten en referentes en su campo. La docencia me ha dado enormes satisfacciones, y una de las mayores fue obtener la plaza de profesora titular en la Universidad de Cantabria.

Para ir concluyendo, no puedo olvidarme de las instituciones, consejerías y direcciones, a las que siempre he sentido a nuestro lado. Como es lógico, hemos tenido diferencias en algunos momentos, pero creo que han predominado la lealtad y la sinceridad.

Y quedan los objetivos pendientes de los que hablaba al principio: el reconocimiento de las subespecialidades pediátricas, una mejor coordinación y la UCI pediátrica.

Recibir esta distinción es también una responsabilidad: la del relevo del que hablaba al principio. Aceptamos la herencia intelectual de nuestros maestros, y ahora nos toca dejar un legado y pasar el testigo a vosotros, los pediatras jóvenes.

Al principio me preguntaba para qué vale hoy una medalla, y me respondía que para reflexionar sobre el camino. Al final de este recorrido, sé que vale, sobre todo, para AGRADECER.

Agradecer a quienes me enseñaron cuando necesitaba aprender. Agradecer a quienes me acompañaron en los momentos de dificultad personal y profesional. Agradecer

a quienes compartieron conmigo la satisfacción del trabajo bien hecho y en equipo. Agradecer a quienes me ofrecieron una perspectiva diferente que me hizo avanzar.

Esta medalla no es una meta, sino un estímulo para seguir trabajando y aprendiendo, que es lo que he hecho siempre.

Y me gustaría que se entendiera también como un homenaje a mi familia, que ha tenido que compartirme con esta profesión. Es lo mejor de mi vida y de lo que más orgullosa me siento.

Muchas gracias.